

DE MÁLAGA A MÉXICO, DE LA REPÚBLICA AL EXILIO. EL LEGADO DE JUAN ANTONIO ORTEGA Y MEDINA

From Málaga to México. From the Republic to
Exile. Juan Antonio Ortega y Medina's Legacy

Alicia Mayer

Universidad Nacional Autónoma de México (México)

La vida y la obra de Juan A. Ortega y Medina, historiador nacido en Málaga en 1913, se analiza en este ensayo desde las diferentes perspectivas temáticas que ofrece su obra con el propósito de dar a conocer su pensamiento y su legado historiográfico. Autor de más de quince libros sobre la historia de España, Estados Unidos, la Reforma protestante y de literatura viajera, Ortega también escribió sobre la estética de J. J. Winckelmann y acerca de Humboldt y Lutero. Este ensayo reflexiona sobre los aspectos más importantes que abordó Ortega y explica su interés por ellos como resultado de una vivencia particular y de su propia experiencia histórica como exiliado después de la Guerra Civil española (1936-1939), en la que el personaje luchó del lado republicano. La inquietud de explicar la historia de España tras ese doloroso acontecimiento que lo marcó de por vida –como a la mayoría de los compatriotas que sufrieron la misma experiencia– lo motivó a escribir varios trabajos que se han convertido en referentes para los estudiosos de la historia de este país en particular y de la historia universal. El ensayo pone su atención en cada temática esbozada por Ortega y explica las razones de su interés y los resultados del estudio que hizo sobre ellos.

Palabras clave

Historia, España, Estados Unidos, México, historiografía, Juan A. Ortega y Medina, pensamiento mexicano, exilio, Guerra Civil española, Málaga, UNAM

The life and work of Juan A. Ortega y Medina, an historian who was born in Málaga in 1913, is analyzed in this essay from different approaches to the issues he studied. The aim is to show his thought and his historic legacy. He was the author of more than fifteen books on the History of Spain, of the United States, the Protestant Reformation and Voyagers, but he also wrote on the aesthetic ideas of J. J. Winckelmann, on Humboldt and Luther. This essay studies the most important aspects on Ortega's approach and explains his interest on them as a result of his particular personal experience and his own historical drama as an exile after the Spanish Civil War (1936-1939), where he fought on the side of the republican army. His interest to study the history of Spain after that painful event that marked him for life, together with the great majority of his fellow Spanish companions who suffered the same experience, motivated him to write various works which have become main references for those interested in Spanish and world history. This essay puts its attention in each topic set forth by Ortega and explains the reasons of his interest and the results of the studies he made on them.

Keywords

History, Spain, United States, México, Historiography, Juan A. Ortega y Medina, Mexican thought, exile, Spanish Civil War, Málaga, UNAM

Decía el escritor mexicano Juan Rulfo (1917-1986) que un autor tenía que desligarse necesariamente de la construcción interior de sus personajes para que cobraran vida propia a través de su experiencia vital. Se interpreta a través de esta aseveración que los sujetos novelados debían hablar por sí mismos en el espacio narrativo. Para este ensayo, difícilmente puedo seguir el consejo rulfiano. Es enorme el cariño e inmensa la gratitud, lo que me impide constreñirme a una mera relación de los logros y aportaciones de mi mentor Juan A. Ortega y Medina (Málaga, 1913-Ciudad de México, 1992). En 1992 escribí unas líneas con motivo de su repentina muerte, ocurrida unos minutos antes de mi examen de grado de maestría en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM)¹. Pocos años después, publiqué un estudio sobre su análisis de ciertos aspectos de la historia intelectual de Estados Unidos². No fue sino hasta 2013 que, para la conmemoración del centenario de su natalicio, la doctora Cristina González y yo presentamos un estudio introductorio a sus obras completas, editadas en siete volúmenes (2013-2016: UNAM), para referir su biografía, su pensamiento y su legado. Volví a recordarlo en diciembre de 2017 con especial fruición, con motivo del homenaje que rindió la Universidad de Málaga a su hijo insigne, al que perdió para no recuperarlo jamás tras el exilio provocado por la derrota republicana en la Guerra Civil española. Agradezco ahora la oportunidad que me brinda la revista *TSN* –editada por el Aula María Zambrano de Estudios Transatlánticos de la propia Universidad de Málaga– para dejar constancia de mis palabras en aquel foro, en recuerdo de mi querido maestro.

Tenía yo veintiún años –y perdónese que hable en primera persona, disculpa que, por cierto, le aprendí a mi venerable profesor– y había entrado en la carrera para dedicarme a Historia Prehispánica. Ortega y Medina impartía entonces Reforma y Contrarreforma, Historiografía General y Absolutismo Europeo. Antes había dado cursos tan importantes como Historia de España, Didáctica de la Historia e Historiografía Mexicana del Siglo XIX.

El primer libro que leí en la universidad fue *Los nueve libros de la historia* de Herodoto, que don Juan Antonio ampliamente reseñó en una cátedra estupeñada, y dos años después terminé el curso de Historiografía con las obras de Ranke, que él había traducido. Después de esta experiencia, abjuré de

la historia de los pueblos originarios, no porque esta no fuera fascinante, que lo es, sino porque don Juan me abrió el campo de la historia europea y me animó a hacer historia comparada para conocer mejor el devenir humano aquende y allende el océano. Su afán fue siempre alentar a los jóvenes aprendices a no dar la espalda a temas históricos que no fuesen estrictamente de México, sino profundizar en la historia universal. Abrir a los alumnos la perspectiva de la historia mundial es uno de los grandes legados de los historiadores transterrados que siguen vigentes. Desde entonces me he dedicado a la historia del pensamiento cristiano, de la Reforma y la Contrarreforma en los dos continentes y cada estudio que he realizado lo he hecho a golpe de memoria del legado de mi querido maestro, por cuyas obras y, sobre todo, cuyo ejemplo de vida me he sentido siempre muy inspirada.

La riqueza personal de este malagueño extraordinario, desafortunadamente tan poco conocido en su tierra natal y en su país, dejó en México, su patria de adopción, una impronta trascendente. Fueron más de cuarenta años de fructífero magisterio el que entregó Ortega y Medina a la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM –ya antes había impartido cátedra en la escuela normal superior y en el instituto Luis Vives– y legó a la posteridad un cúmulo de obras que se han reunido en esos siete volúmenes de los que he dado ya cuenta, los mismos que reflejan claramente la importancia de su pensamiento y su gran valía como investigador. A ese legado a la disciplina de la historia me referiré en breve.

La obra de Juan A. Ortega y Medina abarca más de doscientos títulos entre libros, artículos, reseñas, valiosísimas traducciones y otros trabajos. La UNAM lo reconoció como investigador emérito en 1990 y un año después le fue otorgado el Premio Universidad Nacional en el área de docencia. Poco antes de su muerte, el Gobierno de México lo distinguió con el Premio Nacional por sus méritos académicos. Ortega fue un incansable investigador. Demandaba mucho de sí mismo y se entregaba por completo a responder a inquietudes personales. Cuando el estudioso se acerca a su obra no cae en una angustiosa dispersión. Los temas tienen una extraordinaria concordancia, una profunda relación entre sí. La historia de las ideas fue su eje rector y se ciñó a conocer fenómenos generales y movimientos que propician los cambios. No puedo explayarme aquí en el análisis historiográfico de su obra, pero sí dar una panorámica general de algunos de los títulos más señeros.

La evangelización puritana en Norteamérica (1976: México, Fondo de Cultura Económica) es, en mi opinión, el libro más erudito de Ortega. Se trata de una exhaustiva investigación, original y entonces novedosa, cuyos resultados alardean de la

¹ (1995): «Juan A. Ortega y Medina. El historiógrafo y su idea de la historia», en Cristina González (edit.): *Historia y vida*. México: ENEP-ACATLAN, pp. 95-109.

² (1995): «Los Estados Unidos en la obra de Juan A. Ortega y Medina», en *Estados Unidos desde América Latina*. México: Instituto de Investigaciones José María Luis Mora-COLMEX, pp. 9-28.

sabiduría de don Juan. Añado, de paso, que, para mí, el más ameno e incluso divertido es *México en la conciencia anglosajona* (1952 y 1955 –dos volúmenes–: México: Secretaría de Educación Pública), un repaso de la interpretación sobre el carácter hispano e hispanomexicano según la percepción de algunos viajeros –sobre todo anglosajones– que pasaron por México desde el siglo XVII. El libro está animado con la sutil ironía y espléndida retórica ortegamediniana.

El que más refleja el lado de las bellas letras es *Conflicto anglo-español por el dominio oceánico* (1981: México: UNAM), con su narrativa cuasi novelesca que me lleva a decir que no hubiese sido escrita sin el gran conocimiento y amor que Ortega tuvo por la literatura universal, la cual se le inculcó desde España a través de su familia y de su escuela.

El libro que se dirigió a la intelectualidad culta es *Imagen y carácter de J. J. Winckelmann* (1992: UNAM), mientras que el más «denso» por su erudición –si se me permite este adjetivo– es *Teoría y crítica de la historiografía científico idealista alemana* (1980: UNAM). El de mayor aportación a la historiografía mexicana puede ser su *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia* (1979: UNAM). El objetivo de Ortega en este estudio fue buscar el punto de partida y las raíces teóricas, religiosas, filosóficas y metodológicas de la idea y el método de la historia de distintos escritores, que además logró tratar con profundidad gracias a su gran manejo de distintos idiomas. Están, además, las obras que sirven de puentes comprensivos con temas que tienen que ver con el enlace con el pensamiento extranjero; son *Humboldt desde México*, *Zaguán abierto al México republicano* y *Reforma y modernidad*. No podía faltar su contribución a la idea del Descubrimiento de América con su libro sobre historiografía colombiana.

Me gustaría contestar a la pregunta de por qué la obra de Ortega y Medina sigue hoy vigente. Nuestro autor tuvo el don o el talento para historiar. Buscó el *sentido* de la historia al mismo tiempo que inquirió por el significado de su propia existencia. Su pensamiento es rico y coherente y aporta un legado al pensamiento historicista, tan defendido por su profesor y colega el historiador mexicano Edmundo O’Gorman. Ortega logró una síntesis dada por la coyuntura cultural que vivió México a raíz de la llegada de los intelectuales españoles a finales de la década de los treinta y principios de los cuarenta del siglo pasado y por su propio bagaje español.

Ortega y Medina analizó con profundidad dos binomios: la historia de España e Inglaterra, por un lado, y la de México y Estados Unidos, por el otro. Se esforzó para que los mexicanos comprendieran la íntima relación existente entre la historia de España y la de México y asumieran que había estrechos

lazos históricos que mantenían ambos pueblos desde la época colonial. Una meta persiguió Ortega y Medina en su labor como historiador: reivindicar la historia de España, su patria, y hacer que en México

La obra de Juan A. Ortega y Medina abarca más de doscientos títulos entre libros, artículos, reseñas, valiosísimas traducciones y otros trabajos

se le entendiera y valorara. No se trataba de exonerarla, sino de comprenderla en sus claroscuros. Esto podría parecer obvio a los jóvenes historiadores actuales, pero en el México de aquel tiempo se renegaba del pasado español, sobre todo por el rechazo al colonialismo y la condena a la conquista, y por ende había mucha dificultad para asumir que el elemento hispano era parte constitutiva de la historia de México, junto con la matriz indígena. En consecuencia, Ortega fue una especie de moderno detractor de la leyenda negra antihispánica, que calaba hondo –y cala todavía– en la realidad mexicana y ni que decir tiene en los países anglosajones.

Empero, a cada polo del mundo atlántico acechaban también dos realidades distintas a lo hispánico: la cultura anglosajona protestante, representada por Inglaterra del lado europeo y por Estados Unidos del lado americano. Ortega mostró que muchas veces se comprende mejor la historia por comparación. Así pues, la otra fuente de preocupación orteguiana se orientó a descifrar los valores de la cultura hispana frente a su oponente, el modo de ser anglosajón. El sagaz historiador se adentró también en los intersticios de esa otra cultura que resultaba no solo ajena a lo Iberoamericano, sino abiertamente contraria. Él descubrió que en esas dos esencias descansaba mucha de la explicación del distinto desenvolvimiento histórico que Occidente había experimentado desde el siglo XV e incluso antes. Consideró –siguiendo en esto a Max Weber– que quizá el rasgo más disparado entre ambos mundos estaba condicionado por la ética de cada pueblo, a su vez determinada por el tipo de religiosidad de ambos grupos, es decir, el católico y el protestante. Esto en México tiene una vigencia extraordinaria, dada la cercanía geográfica con Estados Unidos y

motivada también por la necesidad de comprender conceptos como el racismo, la discriminación, la idea de elección nacional o el destino manifiesto, que convierte estos temas en asuntos muy fundamentales y que en los intelectuales demanda una mayor exigencia de discusión y análisis. Si bien Ortega no fue el primero en preocuparse por la diferencia entre las «dos Américas», porque ya otros historiadores como Edmundo O’Gorman lo habían hecho, sí es justo decir que las originales y hondas conclusiones del historiador andaluz ofrecen explicaciones muy sólidas sobre los diferentes pueblos y su idiosincrasia. Es decir, en él convergen dos distintas formas o tradiciones para entender y explicar la historia, la de aquende y la de allende el Atlántico. Ortega fue uno de los historiadores pioneros en el estudio de eso que hoy llamamos pomposamente «la historia atlántica» como un conjunto y no como dos mundos separados culturalmente, que han abordado estudiosos como Robert Palmer, John Elliot, Horst Pietschmann, François Xavier Guerra, David Armitage, Jeremy Adelman, José María Portillo y Alfredo Ávila entre otros.

Por otra parte, el estudio de la historiografía mexicana permitió a Ortega y Medina conocer los elementos constitutivos de esta nación, su gente y experiencia pasada, y también le reveló una amplitud de cosas que tal vez no sospechó, como el dilatado abanico del mestizaje y del sincretismo. La clave esencial de la constitución de «lo mexicano» la halló en el mestizaje. Gran parte de los escritos de Ortega y Medina se centran en insistir que resulta dañino y peligroso negar una parte de lo que constituye históricamente a México, a saber, la parte de sangre y cultura españolas que los mexicanos llevan auestas en su fenotipo espiritual. Nuestro autor se sintió obligado a desterrar la postura equivocada que insiste en ver el legado colonial español como una herencia nefanda y ruinoso para México. Esta aproximación que empezó como una inclinación personal, vital, existencial, se transmitió gradualmente a los discípulos del maestro, que, como mexicanos la mayor parte de ellos, han trabajado la historia con una perspectiva más amplia, más universal, y han asimilado que, para entender el propio pasado, debe uno acudir a la historia no solo precolombina, sino novohispana, en busca de las raíces propias «nacionales» que están presentes a lo largo de su desarrollo. Ortega advirtió alguna vez: «Si verdaderamente intentamos aprehender el dramático proceso de nuestra historia moderna y contemporánea, ya en el caso particular de México o en el general de Hispanoamérica, tendremos que recurrir a las claves de la historia moderna española»³. Creo que este es uno de los legados más

importantes que siguen vigentes y que deseablemente poco a poco irán minando los prejuicios, a fuerza de repetirlos desde una plataforma académica. Sin duda, por su modo de interpretar la historia, siempre dialéctico, podemos llamar a Ortega y Medina el gran conciliador de la historiografía hispanoamericana.

Otro tema al que Ortega y Medina dedicó sus desvelos fue el de la evangelización del indígena. La imagen de este resultaba alejada y extraña al europeo desde los primeros contactos a raíz de la expedición colombina. Quizá también operó este mismo fenómeno de asombro ante la nueva y sorprendente realidad mexicana de cara a los pueblos originarios cuando el joven malagueño llegó en 1941 tras su dolorosa travesía hacia el destierro al puerto de Coatzacoalcos –trabalenguas que él mismo refiere haber tardado tiempo en pronunciar–. Al cabo del tiempo y, sobre todo, a raíz de sus estudios, percibió la importancia y la presencia cultural, biológica y espiritual de los naturales en América y se concentró en buscar las razones por las cuales las raíces autóctonas habían perdurado en México y, en cambio, habían prácticamente desaparecido en otras zonas del continente, como en Estados Unidos. Basta revisar sus conclusiones en la ya mencionada obra *La evangelización puritana en Norteamérica*, donde hace una espléndida comparación de las experiencias misionales entre los anglicanos y puritanos calvinistas de Virginia y la Nueva Inglaterra y las de los evangelizadores franciscanos y jesuitas del mundo hispanoamericano. En *Imagología del bueno y del mal salvaje* (1987: UNAM), se explica la visión que se tuvo del indígena en el ámbito estadounidense hasta avanzado el siglo XX.

No es casualidad que los pobladores originarios de este hemisferio captaran tan hondamente la atención de más de un historiador proveniente del exilio. Los estudios en el terreno de la antropología, la arqueología y, por supuesto, la historia realizados por estos académicos son un legado importantísimo para el conocimiento universal. Allí tenemos a Ángel Palerm, Juan Comas, Santiago Genovés y otros muchos que dieron un impulso enorme a estas disciplinas desde el lado español y que conjuntaron sus esfuerzos con las inteligencias mexicanas, como Miguel León Portilla, Alfredo López Austin, Etelia Medrano, Lorenzo Ochoa, Federico Navarrete, Leonardo López Luján y otros.

Otra de las vertientes fundamentales de su pensamiento que definitivamente se encuentran vigentes, si bien no ya con el brío con que se manifestó en los años setenta del siglo pasado, es la discusión

³ Juan A. Ortega y Medina (1981): *El conflicto anglo-español por*

el dominio oceánico. México: Universidad Nacional Autónoma de México, p. 9.

sobre el historicismo. Ortega y Medina buscó en su obra sintetizar, armonizar, explicar y comprender acontecimientos humanos en el pasado desde la óptica de una aproximación historicista. En la biografía que publicó Cristina González Ortiz se lee lo siguiente:

Dos vertientes íntimamente vinculadas integraron el historicismo mexicano. La primera fue el desarrollo de su peculiar realidad histórica en Europa, una de cuyas ramas, la hispánica, fue trasplantada a tierras americanas. La segunda, el interés, la actividad y la disconformidad intelectual de algunos pensadores mexicanos que, tras la Revolución, iniciaron la búsqueda de alternativas a una caduca historiografía incapaz de abandonar las viejas disputas decimonónicas entre liberales y conservadores...⁴

Durante toda su vida, Ortega y Medina se esforzó por buscar cómo entender la hispanidad, elemento que conformó la construcción espiritual de su persona en los años juveniles formativos y que se manifestó de forma distinta y para él asombrosa en su patria de adopción. Así se explica el profundo interés que mostró el historiador malacitano por enseñar los valores, la cultura, la religiosidad, la ética y la visión del mundo hispánicos, mientras que por medio de la historiografía y del análisis de autores mexicanos como Bustamante, Alamán, Zavala, Larráinzar y otros interpretó, asimismo, la singularidad y esencia de lo mexicano. Lo contrario a lo mexicano —en cuanto a la visión del mundo se refiere— no era lo español, sino lo anglosajón.

El legado escrito de Ortega y Medina merece ser estudiado no solo por los principios del análisis historiográfico que él esbozó, sino también porque sus apreciaciones en la disciplina histórica fueron certeras, así como su forma de penetrar en los secretos del devenir humano. Enseñó a sus discípulos la necesidad de comprender en qué circunstancias una obra se origina, es formulada y cómo es concebida y creada. Ortega tuvo la gran habilidad de ponderar ideas y entronizar las capacidades de los individuos como hacedores de la historia, como protagonistas del acontecer y como objeto del estudio del historiador. Con gran frescura y una pluma genial, presentaba un marco estructural coherente, circunstancial y psicológico montado desde los primeros capítulos de sus trabajos para enmarcar, a su vez, todo el cuadro histórico y vital de los personajes o del acontecimiento analizado. Entonces logró magistralmente, como consecuencia, recrear la parte histórico-conceptual que rodeó al tema estudia-

do. Muchos de sus discípulos siguen trabajando así actualmente.

La obra de Ortega y Medina debe analizarse mirando esos ciclos vitales o etapas que conforman la vida: primero, de un autor joven en busca de sentido, de explicación, de identidad como exiliado y transterrado; luego, del maduro y cabal hombre de la última época de su fructífera vida como historiador, en plenitud intelectual. Desentrañar su pensamiento no es tarea fácil, pero sí es un reto fascinante. No es fácil, repito, pues se trata de una obra con altos vuelos retóricos, complejos paradigmas históricos, complicados motivos personales ocultos entre líneas, arcanos matices y aun contradicciones, algunas de las cuales fue resolviendo el propio autor a lo largo de su vida y otras que siguen ahí para que el lector les dé soluciones y las cuestione incesantemente, en un diálogo interminable con el autor. España, Estados Unidos, el indio, pero también Lutero, la religiosidad, la literatura viajera, la teoría de la historia, los asuntos historiográficos, reflexiones sobre el mestizaje, consideraciones en torno al carácter y la enseñanza de la historia, la naturaleza del conocimiento histórico, la preocupación pedagógica e, incluso, la estética fueron los temas en los que Ortega incursionó «desde México y partiendo de su particular perspectiva, acorde con su inclinación por la historia de las ideas, su propia ideología política, sus sólidos conocimientos en asuntos morales, religiosos y teológicos»⁵ y de otras razones no menos importantes.

Ojalá pudiera decirse que la obra de Ortega y Medina ha tenido un impacto en otros países fuera de México, pero lo cierto es que lamentablemente no es así. Sus libros sobre Estados Unidos e Inglaterra no han sido traducidos y en España muy poco se le conoce. En México, en cambio, Ortega tuvo mucha influencia en los círculos académicos de la UNAM. Formó a mucha gente y quienes no le conocieron siempre pueden abreviar de sus obras. Es por ello que se consideró importante publicarlas en conjunto. Se pensó que jóvenes cultores de las humanidades tanto en América como en la península ibérica podrán así conocerlo y apreciarlo. Sus obras hacen asequible a un hombre que por su misma humanidad no podía, aunque así lo deseáramos, vivir para siempre y perdurar físicamente. Para decenas de generaciones de estudiantes de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, las ideas de Ortega y Medina escuchadas en el aula se convirtieron en su propio bagaje y en la base de su desarrollo profesional.

Es mi mayor deseo el que la obra de Juan A. Ortega y Medina, que fue uno de los exponentes más relevantes del exilio español en México, sea conoci-

⁴ Cristina González Ortiz (2005): *Juan A. Ortega y Medina. Entre Andrenios y Robinsones*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, p. 49.

⁵ *Ibid.*, p. 193.

da y valorada en España y muy particularmente en Málaga, no solo por el atractivo y la fuerza de sus escritos, sino por el contenido agudo de sus interpretaciones. Me alegra haber podido cerrar mi gestión de cuatro años como directora del Centro de Estudios Mexicanos de la UNAM en España con un

homenaje en el Aula María Zambrano de Estudios Transatlánticos de la Universidad de Málaga, donde espero que se llegue a apreciar a Ortega y Medina como un gran intelectual hispano-mexicano. Me sentiría con ello recompensada por haber sido receptora de la generosidad del maestro.